

LÁGRIMAS COMO NAVAJAS

S. A. Cosby

Traducción de Miguel Sanz Jiménez

MOTUS

CAPÍTULO 1

IKE INTENTÓ RECORDAR LA ÉPOCA en que, si los hombres de las placas se le presentaban en la puerta temprano por la mañana, venían con algo más que pesar y desgracias, pero por mucho que lo intentara, no se acordaba.

Los dos hombres permanecieron, uno junto al otro, en el pequeño rellano de hormigón del escalón delantero, con las manos en el cinturón, cerca de la placa y la pistola. Las placas brillaban a la luz del sol matutino igual que las pepitas de oro. Los dos policías eran muy distintos entre sí. Uno era un asiático alto y de aspecto fuerte, todo anguloso y curtido. El otro, un blanco de rostro enrojecido, tenía la constitución de un levantador de pesas con un cuello ancho que culminaba en una cabezota. Ambos lucían camisas blancas de vestir con corbatas de clip. Al levantador de pesas se le extendían bajo las axilas unas manchas de sudor que se parecían a los mapas de Inglaterra e Irlanda, respectivamente.

El estómago revuelto de Ike se agitó. Hacía quince años que lo habían soltado de la penitenciaría estatal Coldwater. Desde que salió de aquella herida purulenta, había ido en contra de las estadísticas de reincidencia. Ni siquiera lo habían multado por exceso de velocidad en todos aquellos años.

Pero allí estaba, con la lengua seca y la garganta ardiéndole mientras esos dos policías lo observaban. Ya era bastante malo ser negro en los buenos Estados Unidos de América y hablar con la policía. Cuando interactuabas con los agentes de la ley, siempre te sentías como si estuvieras al borde de un precipicio imaginario. Si eras expresidiario, parecía que el precipicio estaba cubierto de grasa de tocino ahumado.

—¿Sí? —dijo Ike.

—Soy el inspector LaPlata, señor. Él es mi compañero, el inspector Robbins. ¿Podemos pasar?

—¿Para qué? —preguntó Ike.

LaPlata suspiró. Fue un suspiro grave y largo, igual que la nota baja de una canción de blues. LaPlata miró de reojo a Robbins. Robbins se encogió de hombros. LaPlata bajó la cabeza y luego volvió a alzarla. Ike había aprendido a interpretar el lenguaje corporal cuando estuvo en la cárcel. Sus posturas no eran agresivas. Por lo menos no irradiaban más agresividad que la mayoría de los policías en un turno normal de doce horas. El modo en que había bajado la cabeza era casi... triste.

—¿Tiene un hijo llamado Isiah Randolph? —dijo al fin.

Fue entonces cuando lo supo. Lo supo igual que sabía cuándo estaba a punto de haber pelea en el patio. Igual que sabía cuándo un drogadicto iba a intentar apuñalarlo por una dosis en los viejos tiempos. Igual que, sencillamente, tuvo la corazonada de que su colega Luther había visto su último atardecer aquella noche que se marchó a casa con esa chica del bar Satellite.

Era como un sexto sentido. Una habilidad sobrenatural para percibir la desgracia segundos antes de que se hiciera realidad.

—¿Qué le pasó a mi hijo, inspector LaPlata? —preguntó Ike, aunque conocía la respuesta. La sabía de corazón. Sabía que su vida jamás volvería a ser igual.

CAPÍTULO 2

ERA UN DÍA PRECIOSO PARA un funeral.

Las nubes blancas como nieve se movían por el cielo de color azul celeste. A pesar de que era la primera semana de abril, el aire aún era fresco y agradable. Por supuesto, ya que estaban en Virginia, podría ponerse a llover a cántaros en los próximos diez minutos y, una hora después, haría más calor que en la espalda del demonio.

Una tienda de color verde salvia tapaba a los restantes asistentes al entierro y los dos ataúdes. El pastor levantó un puñado de tierra del montón que quedaba justo fuera de la tienda. El montón estaba cubierto por una alfombra deslucida de césped artificial. Fue hacia la cabecera de los féretros.

—Tierra a la tierra. Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

La voz del párroco retumbó en el cementerio mientras esparcía la tierra sobre ambos ataúdes. Se saltó la parte sobre la resurrección generalizada y el fin de los tiempos. El director de la funeraria dio un paso adelante. Era un hombre bajo y regordete, con la tez color carbón y al tono con el traje. A pesar de la temperatura suave, el sudor le chorreaba por la cara. Era como si su cuerpo se guiase por el calendario y no por el termómetro.

—Aquí concluye el sepelio por Derek Jenkins e Isiah Randolph. La familia les agradece su presencia. Pueden ir en paz —dijo.

Su voz no era igual de teatral que la del pastor. Solo llegaba un poco más lejos de la tienda.

Ike Randolph le soltó la mano a su mujer, y ella se dejó caer contra él. Ike bajó la vista y miró fijamente sus manos. Sus manos vacías. Las que habían sostenido a su hijo cuando no tenía ni diez minutos de vida. Las que le habían enseñado a atarse los cordones. Las que le habían frotado un ungüento en el pecho cuando tuvo la gripe. Que le habían dicho adiós en el juzgado, con los grilletes bien apretados en las muñecas. Manos duras y callosas que se escondió en los bolsillos cuando el esposo de Isiah quiso estrechárselas.

Ike dejó caer la barbilla hacia el pecho.

La niña, sentada en el regazo de Mya, jugaba con sus trenzas. Ike miró a la pequeña. Tenía la piel del color de la miel, igual que el cabello. Arianna acababa de cumplir tres años, una semana antes de que sus padres murieran. ¿Acaso tendría la menor idea de lo que estaba pasando? Cuando Mya le había dicho que se habían quedado dormidos, pareció aceptarlo sin mayor problema. Ike envidiaba la flexibilidad de su mente. Era capaz de llegar a comprenderlo de un modo que él no podía.

—Ike, nuestro hijo está ahí dentro. Es nuestro bebé —se lamentó Mya.

Él se estremeció cuando su mujer habló. Fue como oír a un conejo chillar en una trampa. Oyó cómo crujían y rechinaban las sillas plegables cuando los asistentes se levantaron y se dirigieron al aparcamiento. Notó cómo las manos ajenas le tocaban la espalda y los hombros. Farfullaban palabras de ánimo con una sinceridad poco entusiasta. No era que a las personas no les importara. Pero sabían que aquellas palabras poco hacían para aliviarle la herida del alma. Decir aquellas

banalidades y sermones típicos le parecía hipócrita, pero ¿qué más podían hacer? Era lo que se decía cuando alguien moría.

La gente se dispersaba y las sillas no tardaron mucho en vaciarse. Menos de cinco minutos después, los únicos que quedaban en el cementerio eran Ike, Mya, Arianna, los enterradores y un tipo que Ike casi no reconoció como el padre de Derek. Buena parte de la familia de Ike no había asistido al funeral. Le daba la impresión de que pocos parientes de Derek se habían molestado en ir. La mayoría de los dolientes eran los amigos de Isiah y Derek. Ike reparó en los familiares de Derek. Destacaban entre los hípsters barbudos y las señoras andróginas que conformaban el círculo social de Derek y de Isiah. Hombres y mujeres delgados de ojos duros y resplandecientes, con rostros tostados por el sol. Vestían monos azules que les rodeaban los cuellos rojos. Cuando el sermón se acercó a los treinta minutos, Ike observó cómo las caras se les empezaban a poner de color carmesí. Fue cuando el pastor mencionó que no hay pecado imperdonable. Incluso los pecados abominables podían ser perdonados por un Dios benévolo.

Arianna le jaló a Mya de una de las trenzas.

—¡Basta, niña! —dijo Mya.

Sonó brusco. Arianna permaneció en silencio durante un instante. Ike sabía qué venía luego. Aquella pausa elocuente era el preludio de la cascada de lágrimas. Isiah solía hacer lo mismo.

La niña comenzó a aullar. Sus gritos quebraron la quietud contemplativa del funeral y a Ike le retumbaron en los oídos. Mya trató de calmarla. Le pidió perdón y le acarició la frente. Arianna respiró hondo y luego empezó a chillar más alto.

—Llévala al coche. Voy enseguida —dijo Ike.

—Ike, no me voy a ninguna parte. Aún no —soltó Mya.

Él se puso de pie.

—Por favor, Mya. Llévala al coche. Dame un momento, luego voy a vigilarla y puedes volver —dijo.

Casi se le quebró la voz. Mya se levantó. Abrazó a Arianna y la apretó contra el pecho.

—Di lo que tengas que decir.

Se volvió y caminó hacia el coche. Los gritos de Arianna se tornaron gimoteos cuando se marcharon. Ike puso la mano en el ataúd negro con adornos dorados. Su hijo estaba dentro. Su hijo estaba en ese contenedor rectangular. Empaquetado y preservado, igual que la carne curada. La brisa arreció y las borlas que colgaban del borde de la tienda se agitaron igual que las alas de un pájaro agonizante. Derek estaba en el ataúd plateado con adornos negros. Iban a enterrar a Isiah junto a su esposo. Habían muerto juntos y ahora descansarían juntos.

El padre de Derek se levantó de la silla. Era un personaje muy delgado y curtido, con una mata de pelo entrecano que le llegaba por los hombros. Fue caminando hasta el pie de los ataúdes y se quedó junto a Ike. Los enterradores se ocuparon de inspeccionar las palas mientras esperaban a que aquellos dos hombres, los últimos de los dolientes, se marchasen. El hombre delgado se rascó la barbilla. La sombra gris de la barba le tapaba la parte inferior de la cara. Tosió, se aclaró la garganta y luego volvió a toser. Cuando se serenó, se volteó hacia Ike.

—Soy Buddy Lee Jenkins, el padre de Derek. Creo que no nos han presentado oficialmente —dijo, y le tendió la mano.

—Ike Randolph.

Le estrechó la mano, la agitó un par de veces y después la soltó. Permanecieron al pie de los ataúdes, mudos como piedras. Buddy Lee volvió a toser.

—¿Estuviste en el banquete de la boda? —preguntó.

Ike negó con la cabeza.

—Yo tampoco —dijo Buddy Lee.

—Creo que te vi en la fiesta de cumpleaños de la niña, el año pasado —dijo Ike.

—Sí, fui. Pero no me quedé mucho. —Se pasó la lengua

por los dientes mientras se ajustaba el blazer—. Derek se avergonzaba de mí. No lo culpo.

Ike no supo qué responder, así que no dijo nada.

—Solo quiero darles las gracias a ti y a tu mujer por encargarse de todo. No me podía permitir una despedida tan bonita. Y a la madre de Derek no se la puede molestar —dijo Buddy Lee.

—No fuimos nosotros. Ya tenían todo organizado. Habían contratado una especie de paquete funerario. Solo tuvimos que firmar unos papeles —dijo Ike.

—Amigo, ¿a los veintisiete años te dedicabas a organizar tu funeral? Estoy seguro de que yo no. Maldición, a los veintisiete ni siquiera era capaz de preparar una puta ruta para repartir periódicos —dijo Buddy Lee.

Ike pasó la mano por el ataúd de su hijo. El momento que se había imaginado que iba a tener se había echado a perder.

—Ese tatuaje, ¿no es de los Dioses Negros? —le preguntó Buddy Lee.

Ike se examinó las manos. Los esbozos de un león con dos espadas sobre la cabeza en la mano derecha y la palabra “rebelde” en la izquierda eran sus compañeros silenciosos desde el segundo año que pasó en la penitenciaría estatal Coldwater.

Se metió las manos en los bolsillos.

—Fue hace mucho tiempo —dijo.

Buddy Lee volvió a pasarse la lengua por los dientes.

—¿Dónde cumpliste condena? Yo estuve cinco años en Red Onion. Había unos cuantos tipos duros. Allí conocí a algunos dioses negros.

—No te lo tomes a mal, pero no es algo de lo que me guste hablar —dijo Ike.

—Bueno, no lo decía con mala intención, pero si no te gusta hablar de ello, ¿por qué no te quitas el tatuaje? Diablos, por lo que he oído, te lo pueden borrar en una hora.

Ike sacó las manos de los bolsillos. Se miró el león negro; se alzaba sobre un tosco mapa del estado.

—Solo porque no quiera hablar de ello no significa que quiera olvidarlo —dijo—. Me recuerda por qué no quiero volver nunca. Ahora te dejo con tu hijo.

Se volteó y comenzó a alejarse.

—No hace falta que te vayas. Es demasiado tarde para mí y para él. También es demasiado tarde para ti y para tu hijo.

Ike se quedó quieto. Empezó a volverse hacia Buddy Lee.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

Buddy Lee ignoró la pregunta.

—Cuando Derek tenía catorce años, lo descubrí besando a otro chico en el arroyo, por el bosque detrás de nuestra casa rodante. Me quité el cinturón y lo golpeé como a un fugitivo... como si hubiera robado algo. Le dije de todo. Que era un perverso. Le pegué hasta que tuvo las piernas llenas de magullones. No paró de llorar. Decía que lo sentía. No sabía por qué era así. ¿Nunca te has puesto así con tu hijo? ¿Nunca? No sé, quizá fuiste mejor padre que yo.

Ike salió de su asombro.

—¿Por qué hablamos de este tema? —preguntó.

Buddy Lee se encogió de hombros.

—Si pudiera hablar con Derek solo cinco minutos, ¿sabes qué le diría?: “Me importa una mierda con quién te acuestes. Una maldita mierda”. ¿Qué crees que le dirías a tu hijo? —quiso saber.

Ike se quedó mirándolo fijamente. Lo atravesó con la mirada. Notó cómo las lágrimas se le acumulaban en las comisuras de los ojos, pero no las derramó. Rechinó los dientes con tanta fuerza que creyó que se le iban a romper las muelas.

—Me voy —dijo. Se fue dando pasos enérgicos hacia el coche.

—¿Crees que van a encontrar al que los mató? —le gritó Buddy Lee.

Ike apretó el paso. Cuando llegó al coche, el pastor se marchaba del aparcamiento. Ike observó cómo pasaba muy despacio en un BMW de color negro azabache. El perfil del reverendo J. T. Johnson era tan afilado que habría servido para cortar queso. En ningún momento giró la cabeza ni hizo amago de reparar en Ike y Mya.

Ike corrió por el camino de entrada. Alcanzó al pastor antes de que se incorporase a la carretera. Ike llamó a la ventanilla del coche. El reverendo Johnson bajó el cristal. Ike se inclinó, metió la mano en el coche y se la tendió.

—Tenía que darle las gracias por encargarse del funeral de mi hijo —dijo.

El reverendo Johnson le dio la mano y se la agitó arriba y abajo un par de veces.

—No hay de qué, Ike —dijo. La voz grave y pronunciada de barítono le emergió del pecho igual que un tren de mercancías sobre unas vías bien engrasadas.

Intentó retirar la mano, pero Ike se la sujetó con fuerza.

—Se supone que debo darle las gracias, pero no puedo. —Le tomó la mano al reverendo Johnson aún con más fuerza. El pastor se estremeció—. Tengo que preguntárselo. ¿Por qué dijo el sermón del funeral?

El reverendo frunció el ceño.

—Ike, Mya me lo pidió...

—Ya sé que Mya se lo pidió. Lo que le pregunto es por qué lo hizo. Se nota que no quería.

Siguió apretándole la mano a Johnson.

—Ike, mi mano...

—No ha dejado de hablar del pecado abominable. Sin parar. ¿Cree que mi hijo era una abominación?

—Jamás he dicho eso.

—No hacía falta que lo dijera. Puede que solo me gane la vida cortando el césped, pero no paso por alto los insultos cuando los oigo. Cree que mi hijo era una especie de

monstruo y se ha asegurado de que todo el mundo se enterara en el funeral. Tenía a mi hijo a menos de metro y medio y no ha sido capaz de callarse la puta boca y dejar de decir que sus pecados eran imperdonables. Sus pecados abominables.

—Ike, por favor... —dijo el reverendo Johnson.

Detrás del BMW del bueno del pastor se formaba una hilera de coches.

—No dijo nada de que era periodista. Ni de que se graduó con el mejor promedio de su clase en la Universidad Virginia Commonwealth. No habló de que ganó el torneo estatal de baloncesto en el bachillerato. No paró de hablar de las abominaciones. No sé qué se cree que era, pero él solo era... —Se detuvo. La palabra se le atragantó igual que un hueso de pollo.

—Suéltame la mano, por favor —balbuceó el reverendo Johnson.

—¡Mi hijo no era una puta abominación! —dijo Ike. La voz era igual de fría que un arroyo de montaña que fluye por los cantos rodados. Le apretó la mano con más fuerza todavía. Notó cómo los metacarpos se hacían polvo. El reverendo gruñó.

—¡Ike, suéltalo! —dijo Mya.

Ike giró la cabeza a la derecha. Su mujer estaba de pie junto al coche. A sus espaldas, la fila era de diez vehículos. Le soltó la mano al reverendo Johnson. El párroco hizo chirriar las ruedas mientras salía disparado hacia la carretera. Ike se maravilló de lo rápido que la ingeniería alemana transportaba al reverendo.

Volvió caminando al coche. Mya se sentó en el asiento del copiloto mientras él se deslizó en el del conductor. Ella cruzó los brazos en torno al pecho estrecho y apoyó la cabeza en la ventanilla.

—¿Por qué todo eso? —le preguntó.

Ike giró la llave para arrancar y metió la marcha.

—Escuchaste lo que dijo en el sermón. Ya sabes lo que decía de Isiah —dijo.

Mya suspiró.

—Como si tú no hubieras dicho cosas peores, pero ¿ahora que está muerto lo quieres defender?

Ike se aferró al volante.

—Lo quería. Sí lo quería. Igual que tú —dijo con los dientes apretados.

—¿De verdad? ¿Dónde estaba tanto amor cuando se metían con él a todas horas en la escuela? Ah, claro, estabas entre rejas. Entonces sí necesitaba tu cariño, y no ahora, que está bajo tierra —dijo Mya.

Las lágrimas le surcaron el rostro. Ike movió la mandíbula arriba y abajo, como si mascara la tensión que había entre ambos.

—Por eso le enseñé a pelear cuando volví a casa —dijo.

—Bueno, es lo que mejor te sale, ¿no? —le preguntó Mya.

Ike apretó los dientes.

—¿Quieres que volvamos allí y...? —comenzó a decir.

—Tan solo llévanos a casa —sollozó ella.

Ike pisó el acelerador y salió del aparcamiento del cementerio.